Ante todas cosas, oh Aglae, ¿no es incontestable que nada demostraria mejor cuan quimérica es la belleza de las mugeres, que el solo hecho de que los diferentes pueblos del mundo no tuviesen idea fija relativamente á ella? Porque en esta general diversidad de sentimientos, ¿cómo conoceríamos que este tiene razon y aquel nó?

En efecto, ó la belleza es verdadera y por consiguiente única, ó solo es una quimera, y por lo mismo debe modificarse segun los climas y las costumbres. Inherente á la naturaleza de los seres, es de todos los paises y de todos los tiempos; dependiente de los caprichos de la imaginacion, se conforma á las preocupaciones nacionales, y se confina dentro los muros de una ciudad ó en los límites de un pais. Seria fácil en el primer caso dar razon de los sentimientos que nos inspira, establecer sus principios sobre la naturaleza de los objetos exteriores, y deducir de ellos consecuencias generales, que serian universalmente admitidas. Porque si fuera cierto, que la belleza de las mugeres fuese una dimanacion de la forma de sus cuerpos, ¿no deberia esta belleza ser la misma en todos los pueblos y en todos los lugares?

La diferencia que hay entre la belleza de las mujeres y la belleza en general, proviene de que ésta agrada por sí misma y absolutamente, y de que las sensaciones que excita, recuerdan a nuestro entendimiento la idea del órden. Así un reloj es una bella maquina, porque nos representamos en él una idea del órden, al ver todas sus ruedas y resortes caminar a un mismo objeto, y esta unidad de tendencia determinada por los medios mas sencillos y razonables: un palacio es tambien bello, cuando su arquitectura manifiesta un objeto y cierta unidad de tendencia en todas las partes que lo componen.

Pero hay otra especie de belleza (en esta clase colocamos la belleza de las mujeres), que puede llamarse *belleza sin fundamento, belleza vana y quimérica*, porque consiste únicamente en ficciones de la imaginacion y en preocupaciones nacionales: tal es el color blanco en Europa y el negro en el Africa, porque en rigor ni uno ni otro deben parecernos bellos; y en efecto, ni uno ni otro excitan la idea del órden ni el deseo amoroso que hacen nacer por medio de su representacion, ni tampoco está fundado en el amor del órden. Así este deseo y este sentimiento que uno ú otro de dichos dos colores nos hacen experimentar, no pueden absolutamente derivarse sino de las ilusiones de una imaginacion seducida, ó por los extravíos del amor propio, ó por el contagio del ejemplo.

Podria sin embargo objetarse, que no pudiendo el alma rehusarse á sus sensaciones, hay apariencia de que cuando una cosa, que no es bella en sí, se nos representa como tal, esta ilusion proviene menos de los errores de la imaginacion, que de la organizacion de nuestro cuerpo, y que así no es ridículo tener por hermoso lo que otro tiene por feo. Este argumento, llevado mas adelante, trastornaria todo nuestro sistema; porque si la sensacion que hace la belleza sobre nosotros depende de nuestra organizacion, cesa la belleza de ser una quimera considerada relativamente á nosotros. Así pues, todo lo que hubiéramos de decir mas adelante, podria no parecer mas que una declamacion pueril, y por lo mismo nos apresuramos a prevenir una objecion tan fuerte.

Si dependiera la belleza de una cierta relacion de los objetos á nuestros órganos, estaria el alma sujeta a tener por bellos tales ó tales objetos. En este caso ya nuestros deseos y nuestros sentimientos no dependerian, con respecto á esto, de las voluntades de nuestro espíritu, y no podriamos reformarlos. Redúcese, pues, todo á esta cuestion de hecho: ¿Halla a veces el mismo hombre bello un objeto que tuvo por feo, ó al contrario, feo el que en otras ocasiones juzgó bello? Sondée cada uno su propio corazon, examine esta célebre cuestion con sinceridad, y decídala desprecupadamente. ¡Qué! no se habrá dicho jamas a sí mismo: ¿Es posible que haya sido yo capaz de amar á Nise? ¿Es posible que no hace seis meses me pareciese bella esta misma persona, que en el dia me parece horrible?

Pero traigamos ejemplos aun mas decisivos, y á que no hay que replicar. Vénse unos cuadros, que parecieron feos á aquellos mismos que los hallan bellos, luego que se ha formado su gusto con el estudio de la pintura. ¿Cuántas bellezas ficticias no se hallan en todos los géneros, que no son tales sino únicamente para los inteligentes, y de que no tenian idea alguna antes de haberse hecho inteligentes en los diversos ramos á que pertenecen? Esto demuestra con la mayor evidencia, que hay varias circunstancias en que no es el entendimiento esclavo de las sensaciones del alma, y en que por consiguiente puede reformar los sentimientos ridículos, y los vanos deseos que le inspiran.

De aquí se sigue, que el mejor modo de conocer si es real ó ilusoria una belleza, es considerar si es tenida por tal por todos los hombres, ó si varia segun los climas, las costumbres y las preocupaciones. ¿Cuál es, pues, el carácter de la verdadera belleza? El que excitando igualmente en todos los hombres la idea del órden, excita y produce los mismos sentimientos: con que, si falta este carácter á la belleza de las mugeres, puede con razon decirse que es quimérica. No hay mejor prueba de esta verdad que es hacer ver, como lo haremos en este discurso, la diversidad de casi todas las naciones del mundo relativamente á ella.

Considerémosla, pues, bajo este aspecto: consultemos las ideas de todas las naciones relativamente á ella, y este exámen nos hará conocer si es real ó imaginaria.

Recorre, oh Aglae, con el pensamiento todas las regiones habitadas de este vasto universo, y ante todas cosas vuelve los ojos hácia el Africa, al Sud-Oeste de la Abisinia, esto es, hácia el reino de Gingiro: considera los pueblos que habitan aquellas ardientes comarcas, y no verás en ellas mas que hombres y mugeres enanos, de una estatura de cuatro piés, de un color tan negro como el ébano, con unos cabellos cortos y ensortijados, y cuyos labios mas rojos que una brasa de fuego, se doblan hácia diversos lados, y van á cubrir bajo su enorme volúmen una barba chata y unas narices aplastadas.

Entretanto me parece que oigo á uno de ellos exclamar: «¡Qué feos sois, oh europeos, asiáticos, americanos, pueblos que os extendeis sobre el globo desde el istmo de Suez hasta el de Panamá, y ¡qué bello soy yo! Vuestra gigantesca estatura es monstruosa, y la mia bien combinada, ni es demasiado alta, de modo que deje de ser fina y bien formada, ni demasiado baja, de manera que deje de ser majestuosa y respetable. ¡Qué notable diferencia entre las facciones de vuestro rostro y las del mio! ¿Sois acaso obras de un ser infinitamente sábio, ó informes Priapos que ha medio forjado un grosero labrador para colocarlos en su heredad? (1)»

Y ¿qué dirémos de vuestra cabeza ovalada, de vuestros labios delgados y llanos, de vuestra nariz prolongada, de vuestra barba salida, de vuestros ojos al igual de la cara, y en fin, de esa especie de cabellos (si acaso pueden llamarse así unos pelos largos y lisos) que os llegan hasta la cintura? (2)

¿Teneis, como yo, estos labios bermejos y carnosos que sobresalen fuera del rostro, y van ensanchándose hasta acabar sobre una barba aplanada? Mi nariz medianamente abierta, anuncia.... mis ojos hundidos debajo de una frente estrecha brillan con los rayos de la vivacidad y del ingenio: mis cabellos.... peinados por la misma naturaleza no causan el inútil embarazo que los vuestros, y mi color (porque, ¿cómo negaréis que esta sola ventaja me hace infinitamente superior á todos vosotros?) acompaña maravillosamente á la regularidad de mis facciones. ¡Qué insípida es vuestra blancura! ¡Y qué poderoso atractivo el de mi color negro!

Al oir el lenguaje de este orgulloso africano, veo manifestarse en tus labios la sonrisa del desprecio. Sin embargo, ¿por qué razon te parece ridículo semejante discurso? ¿Es efecto de orgullo ó de locura en el africano? Sin duda de una de estas dos cosas, y quizá de una y otra á un mismo tiempo; pero ¿debes tú pensarlo así?

¿Con qué derecho estrañais, ¡oh europeos! que os desprecie el resto del universo, cuando vosotros lo despreciais á él? ¿No es lícito á un habitante de las costas del Africa, tenerse por hermoso sin consultar el gusto de los europeos? Si las opiniones que teneis sobre la belleza son, como pretendeis, una consecuencia necesaria de vuestras sensaciones, ¿no será todo hombre juez competente en esta causa? ¿Hay alguno en el mundo que carezca de los órganos del sentimiento? Y ¿no basta en materia de sensacion tener sentidos, como basta tener ojos para juzgar de las distan-

(1) Esto es verdad al pié de la letra. Véase el compendio sobre el Globo Terrestre por Mr. Maclot, pág. 259.

(2) A quien tiene la nariz de una pulgada de largo, le parece monstruosa otra que tenga dos pulgadas ó mas: segun esto, es constante, que un hombre de Gingiro debe mirar como un gran defecto en los europeos, lo mucho que salen fuera del rostro sus facciones, respecto de las suyas aplastadas